

Iglesia; defensor severo de la unidad cristiana, el pontificado entrega los herejes á las llamas; y cuando el verdugo no funciona bastante deprisa, llama la cristiandad á las armas; en cuanto á los que escapan al furor de los cruzados, son exterminados por la Inquisicion. En apariencia sale el pontificado victorioso de esta lucha horrible: los albigenes, la secta más formidable de la Edad Media, iban desapareciendo; el Mediodía de Francia, foco de la herejía, se doblega bajo la dura ley del conquistador; toda una civilización desaparecía; y hasta los descendientes de los sectarios se convertían en creyentes fanáticos. Hé aquí á los papas en pacífica posesión del poder espiritual; al mismo tiempo luchan con el imperio y le hunden. El pontificado puede decir, con Gregorio VII, que su nombre es único en el mundo y que no hay ya poder que pueda compararse al suyo; cualquiera creería que con su omnipotencia va á tomar la dirección de la cristiandad, destruir el mahometismo, propagar la ley de Cristo en el mundo entero y realizar el ideal del Evangelio, el reino de Dios; apenas triunfa el pontificado, cuando la sociedad cristiana se divide y se disuelve; las cruzadas son abandonadas, y reina en Oriente el mahometismo, esperando el momento de venir á desafiar y á espantar á la Europa; hasta el pontificado mismo se desgarró y se debilita, y es que comienza á romperse la unidad cristiana por una guerra civil sin ejemplo: dos, tres papas, llamándose á la vez jefes de la cristiandad, se excomulgan y anatematizan unos á otros, con gran escándalo de los fieles y grandísima alegría de los enemigos de Roma; luego vienen los concilios generales condenando y depeniendo á todos los papas como autores del cisma y herejes notorios (1); contaban mucho tiempo las quejas por la corrupción de la Iglesia, oyéndose por todas partes gritos de reforma; los concilios se proponen corregir los abusos; fracasan, y la decadencia aumenta y conduce á una revolución religiosa cuyo grito es: ¡Abajo el pontificado!

Hé aquí adónde viene á parar la victoria de la Iglesia sobre el imperio y las sectas; su triunfo no es más que aparente, siendo en el fondo vencido-

(1) El concilio de Pisa depuso á los dos papas Benito XIII y Gregorio XII, como «notorios schismaticos et antiqui schismatis nutritores, defensores, fautores, approbatores, manutentores pertinaces, necnon notorios haereticos, et a fide devios.» (D'ACHERY, *Spicteg.*, t. I, p. 487).

ra la humanidad. ¿Qué importa que la guerra y la Inquisicion acaben con los herejes? La Iglesia mata los hombres, pero no puede matar las ideas; ahora bien, la herejía es la manifestación de la libertad del pensamiento, que es de Dios, y no hay ningún poder humano que pueda detener su desenvolvimiento; las sectas del siglo XII son vencidas, pero el movimiento que las dió origen continúa y se persigue hasta la Reforma; esto no es un ataque contra el cristianismo, porque todos los sectarios se llaman cristianos y pretenden seguir las huellas de los primeros discípulos de Cristo; es una reacción contra el espíritu de exterioridad, idólatra del catolicismo, es un retroceso á las creencias y á las costumbres de la Iglesia primitiva. Tal es el elemento de porvenir que se encuentra en el fondo de todas las sectas de la Edad Media; y este germen no perece, lo que perece son los errores que viciaban á las herejías. Mientras que los *maniqueos* van desapareciendo, los *valdenses* propagan sus ideas; y los humildes discípulos de Valdo se establecen en la Saboya, tomando tales proporciones, que forman una Iglesia. El papa Juan XXII se queja al inquisidor de Marsella de que aquellos herejes se atreven á formar capítulos y se reúnan por centenares (1). San Vicente se propuso, á principios del siglo XV, convertirlos por la predicación; en la misma época los vemos en Bohemia: un valdense da á los husitas la idea de la comunión bajo las dos especies, y valdenses son también los que inspiran á los taboritas, cuyas severas doctrinas exceden en mucho á las tímidas reformas de Juan Hus (2). Los protestantes rechazan toda solidaridad con las sectas del siglo XIII; pero en el siglo XIV aparecen los hombres á quienes saludan como precursores de la Reforma, á cuya cabeza vienen Wiclef y Hus, que predicán contra la corrupción del clero y se rebelan contra el mecanismo del culto católico, enseñando que la religión no consiste en ceremonias, sino en el sentimiento interno; predicán también contra las indulgencias, que no son más que un instrumento de riqueza para la Iglesia, y atacan á los monjes que abusan de mil maneras de la religión para aumentar su crédito y sus tesoros; pues bien la fuente de todo mal, en su concepto, son las

(1) RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1332, § 31.

(2) Véanse los testimonios en GIESLER, *Kirchengeschichte*, tomo II, § 151, notas u, v.

usurpaciones del pontificado. Para que la Iglesia se salve, dicen, es preciso que todo cambie (1). Este llamamiento á una reforma radical tiene su eco. Hus pereció en la hoguera, pero Lutero triunfó.

¿Por qué la Reforma, impotente en el siglo XIII, llegó á ser fuerte en el siglo XIV é irresistible en el XVI? Las hogueras han sido para las sectas un fuego que purifica, ó, por mejor decir, en sus luchas sangrientas se ha mostrado la mano de Dios, que emplea hasta las malas pasiones de los hombres para el cumplimiento de sus designios. En el siglo XIII no hay todavía más que sectas, herejías; y esta primera explosión de la libertad raya en la licencia; sueños, extravagancias, errores funestos vician lo que existe de gérmenes para el porvenir; los errores desaparecen, pero la verdad subsiste; en los siglos XIV y XV se descartan de toda mezcla impura, y al mismo tiempo la decadencia del pontificado y la corrupción creciente de la Iglesia dan nuevo alimento al espíritu de reforma; entonces estalla la revolución.

SECCION 4.ª

DECADENCIA DEL PONTIFICADO.

§ I.—El poder espiritual.

N.º 1.—El pontificado y el cisma de Occidente.

I.

La inmutable ambición de la Iglesia consiste en ser poder espiritual; y como el espíritu impera sobre el cuerpo, de ahí que la Iglesia pretenda dominar sobre los poderes seculares; en este orden de ideas, el Estado no tiene razón de ser por sí mismo, no quedándole más que una existencia prestada, que procede de la Iglesia, como el medio procede del fin. Gregorio VII tenía, pues, razón en decir que solamente el pontificado tiene nombre en el mundo. Los emperadores y los reyes no tienen más que una existencia subordinada, relativa; esta pretenciosa doctrina fué ya minada en el si-

glo XIV por los ataques de Marsilio de Padua y Wiclef, que disputaron á los papas el poder espiritual, fundamento de su dominación; y hasta el pontificado mismo se tomó el trabajo de abrir los ojos á los creyentes acerca de la ineficacia de su poder espiritual en el largo cisma de Occidente.

La unidad es de esencia en el pontificado; no se conciben dos papas, como no pueden concebirse dos dioses. En el siglo XIV se dividió el pontificado; y ¿quién fué el autor del cisma? ¿Cuáles fueron los sentimientos que le dieron vida y le sostuvieron? La ambición desenfrenada y la codicia del pretendido poder espiritual. Ahí están los hechos, y las pruebas abundan para demostrarlo. La mayoría del colegio de cardenales fué la que, por el motivo ó el pretexto de que su elección no había sido libre, desechó el papa que había elegido y eligió otro; ella fué la que creó el cisma y la que le alimentó y le hizo irremediable. *Clemangis* tiene, pues, razón acusando las malas pasiones de los príncipes de la Iglesia (1), y *Gerson* también acertaba condenando su desatentada ambición: «El orgullo, dice, y el deseo de dominar son tan grandes, tan crueles y tan horribles, que nada les conmueve, ni la miserable decadencia de la Iglesia, ni la certidumbre del juicio divino y de su propia condenación, ni la doctrina de Nuestro Señor, que es todo humildad.» (2). La universidad de París usó del mismo lenguaje (3). Cuando el rey de Francia se separó de la obediencia del papa de Aviñon, renovó á la faz de la cristiandad estas acusaciones, bien merecidas de los pretendidos vicarios de Cristo: «Por su execrable ambición se perpetúa el cisma; no pudiendo reinar sobre todo el mundo cristiano, cada uno se contenta con explotar á la mitad, importándoles poco la salvación de las almas: su único cuidado es comer bien y vivir en el lujo.» (4).

El cisma existe. Hay dos papas; cada uno de ellos jura que cederá, caso necesario, su sede, con tal que ponga fin á la división que escandaliza á la cristiandad, y cada uno de ellos viola su juramento.

(1) «Nequitiam cardinalium» (CLEMANGIS, *de Corrupto Ecclesie statu*, XII, 1).

(2) GERSONIS *Sermo de Angelis* (t. III, p. 1470). C. *Propositio facta coram Anglicis* (t. II, p. 125): «Sævissima dominandi libido, mater infausta schismatis hujus pestiferi.»

(3) «O scelesti! o veritatis hostis! o caeca! o damnabilis ambitio! tuis ne viribus, nam quibus aliis! schisma retinetur!» (BULZUS, *Hist. Universitatis Parisiensis*, t. IV, p. 853).

(4) BULZUS, *Hist. Universit. Paris.*, t. IV, p. 853.

(1) «Dei Ecclesia nequit ad pristinam suam dignitatem reduci, vel reformari, nisi prius omnia sent nova.» (Véanse los testimonios en GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 123, nota h.)

to, haciendo la más vergonzosa de las farsas (1). Después de la muerte del papa de Aviñon, Clemente VII, la universidad de París y el rey de Francia pidieron que se aplazase el nombramiento de su sucesor; pero los cardenales se apresuraron a proceder a la elección, jurando, en verdad, que si uno de ellos fuera elegido, empujarían todos los medios para restablecer la unidad, incluso la cesión; pero Benedicto VIII olvidó bien pronto su juramento: apenas elegido, dicen los cardenales de su obediencia que no quiso volver a oír hablar de abdicación (2). La misma farsa en Roma: antes de la elección de Gregorio XII, los cardenales estaban convencidos de que aquel que fuera elegido renunciaría al pontificado si el papa de Aviñon moría o renunciaba a su vez (3). Gregorio estaba resueltamente decidido a no abdicar jamás, lo cual no impidió que a su advenimiento protestara en cartas dirigidas a los cardenales de Aviñon, al rey de Francia y a toda la cristiandad, diciendo: que se hallaba presto a la cesión, que era una dicha para él haber sido elegido, para poder volver la paz y la concordia al mundo cristiano (4); hizo más: escribió a su rival Benedicto VIII proponiéndole una renuncia recíproca, como el mejor medio de poner fin al cisma. Benedicto no dejó, a su vez, de felicitar al papa de Roma por tan feliz idea (5); y los dos papas rivalizan en promesas, declarando estar dispuestos a dar su vida por la Iglesia y demostrar con los hechos la sinceridad de sus palabras (6). Hé aquí a los dos vicarios de Dios, ligados por los más solemnes juramentos: veamos cómo se conducen.

Se resuelve una entrevista entre los dos papas. Gregorio retrocedió, y Benedicto, seguro de que el papa de Roma no acudiría, se mostró impaciente; era una verdadera escena de comedia; cuanto más vacilaba Gregorio, más celo demostraba Benedicto, quejándose vivamente de los malos pretextos alegados por su adversario, de su falta de palabra y de su doblez, cuyas acusaciones podían dirigirse lo mismo a Benedicto que a Gregorio. Escuchemos a un contemporáneo, Leonardo Aretin, secretario del papa de Roma: "Benedicto declaró que todo

(1) Véase el juramento en BULEUS, t. IV, p. 730.
 (2) MANSI, *Concil.*, t. XXVI, p. 1197.
 (3) MANSI, *Concil.*, t. XXVI, p. 1168.
 (4) MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 726-733.
 (5) MANSI, *Concil.*, t. XXVI, p. 1013-1016.
 (6) MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 490, 496.

lugar le era indiferente, con tal que fuera a orillas del mar, para estar siempre cerca de su flota; Gregorio, por el contrario, no quiere oír hablar más que de tierra firme. Diríase que el uno era un animal acuático que huye de la tierra, y el otro un animal terrestre que tiene miedo del agua... Todo el mundo murmuraba en alta voz. No puede contemplarse, sin estremecerse de horror, que dos hombres más que septuagenarios sacrifiquen la religión, la Iglesia y su propia conciencia, a la ambición de reinar algunos días más" (1). El proyecto de entrevista tuvo el más cómico resultado. Gregorio se retiró a Siena y Benedicto a Perpiñan; esto es, decían los enviados del rey de Francia, como si el uno quisiera ir a Oriente y el otro a Occidente (2).

Tal fué la conducta de los vicarios de Dios en un cisma que, bajo el punto de vista de la doctrina católica, comprometía la salvación de las almas. ¿No había proclamado el pontificado que era condición de salvación creer en su autoridad? Pero ¿a cuál de los papas había de creer para salvarse? Ambos se excomulgaban y se anatematizaban recíprocamente; cada cual tenía a su lado Iglesias enteras. ¿Cómo habían de poder distinguir los fieles al verdadero sucesor de San Pedro? Los excomulgados por Roma encontraban favor en Aviñon (3); el uno bendecía a los que estaban malditos por el otro (4). No se sabe ya quién es católico, dicen los cardenales al convocar el concilio de Pisa (5); así pues, una mitad por lo menos de la cristiandad peligraba en su salvación; sin embargo, los encargados de procurar esta salvación, como intermediarios entre el cielo y la tierra, no hacen nada para salvar a millares de almas, y, lo que es más, hacen lo posible para perderlas perpetuando el cisma. ¿Qué es, pues, el pretendido poder espiritual? ¿Qué son los pretendidos vicarios de Dios? La encarnación del espíritu de dominación; su derecho divino no sirve más que para legitimar su desatentada ambición; esto es lo que los reyes echan en cara a los papas (6).

(1) LEON. ARETINI, en MURATORI, *Scriptor.*, t. XIX, p. 926.
 (2) MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 865.
 (3) Discurso del cardenal de Milan en el concilio de Pisa (MANSI, t. XXVII, p. 119): «Quem unus juste execratur, alter asserit non ligatum. Quem unus condemnat, alius male appellatantem justificat.»
 (4) BULEUS, *Hist. Universit. Paris.*, t. V, p. 35.
 (5) MANSI, t. XXVI, p. 1132: «Ut vix dignosci valeat qui existat catholicus.»
 (6) El rey de Castilla dice en su sustracción de obediencia

II.

Comparemos la conducta de la sociedad laica con la culpable ambición de los jefes de la Iglesia, y los hechos nos dirán dónde está el verdadero poder espiritual: los papas han abandonado y hecho traición a la causa de la cristiandad; un cuerpo sabio, los príncipes tuvieron que tomar la iniciativa para restablecer la unidad cristiana (1). Apenas estalla el cisma, cuando la universidad de París se conmueve, compromete a Clemente VII a someterse a un concilio general (2), y escribe a los cardenales que si no ponen fin al cisma, los laicos lo harán poner término, para vergüenza de la Iglesia (3). Mientras los papas de Aviñon y de Roma explotaban su poder y arruinaban a la cristiandad con sus invenciones fiscales, la universidad desplegaba una admirable actividad para volver la paz al mundo cristiano, poniéndose en relación con todas las universidades y con todos los príncipes cristianos, y enviando por todas partes diputaciones para despertar los ánimos y reanimar los espíritus. Decididamente ha cambiado de lugar el poder del espíritu; no está ya en Roma ni en Aviñon, sino en la inteligencia y la abnegación de los intereses generales de la humanidad; los papeles se han trocado; los dos pontífices fulminan en vano sus excomuniones; nadie les hace caso; pero hé aquí un cuerpo sabio, sin autoridad oficial, que levanta su voz en nombre de la cristiandad, y sus palabras hacen temblar a los pretendidos vicarios de Dios (4), que, no atreviéndose a combatir abiertamente a la universidad, trataron de paralizar su acción por medio de intrigas. El famoso Pedro de

(MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 611): «Certantes cum tanto discrimine, pro libidinosa dominandi ambitione, presidenti fastu, sublimi statu, tantis cibis, ornatibus variis.»

(1) *Appellatio Universitatis* (BULEUS, t. IV, p. 809): «Nec est credendum Jesum Christum sponsam suam omni adjutorio spoliata relinquare velle; sed pie dicendum, adjutorem et propugnatorem suscitasse... Universitatem Parisiensem... Serenissimum regem Francorum...»

(2) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. IV, p. 618.

(3) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. IV, p. 701: «Et per Dei misericordiam non sinit decus vestrum adeo minui, aut ad hoc rem devolvi, ut per homines laicos atque seculares, ad perpetuum vestri et Ecclesie contemptum, pacem istam reformari necesse sit, quod procul dubio fiat nisi per vosmetipsos citissime provisum sit.»

(4) La universidad propone tres medios para poner fin al cisma: «Si alter dissidentium aut uterque vias tres expositas inire obstinatius refugerit, eum velut schismaticum pertinacem et hereticum judicandum...» (D'ACHERY, *Spicilegium*, tomo I, página 776).

Luna preluía como legado lo que había de ser como papa. Escuchemos la contundente protesta de los doctores de París: "Es preciso ser un miserable para concebir estas maquinaciones, y más vil todavía para darles su consentimiento; querer poner estas abominables tramas en ejecución es el colmo de la infamia" (1).

El llamamiento que la universidad hizo a los reyes fué escuchado; el rey de Francia fué el que tomó la iniciativa, diciendo, en las instrucciones que dió a los príncipes encargados de negociar cerca del papa de Aviñon, "que el asunto de este mundo que más desea es volver la paz y la unión a la Santa Iglesia, por la cual quiere exponer su persona, los señores de su linaje, su hacienda y todo cuanto pueda" (2). Sin embargo, los reyes estaban interesados en que el cisma se perpetuase, porque todos habían tenido que combatir las pretensiones temporales de los papas, y todos, por consiguiente, debían tener interés en disminuir su poder; ahora bien, el cisma no solamente debilitaba el poder pontifical, sino que le destruía en su esencia; el rey de Francia especialmente todo lo podía ganar con el cisma y todo lo tenía que temer de su desaparición; disponía de los papas de Aviñon como de un instrumento, porque, no existiendo sino por la autoridad real, no podían negarle nada, mientras que si, por el contrario, se restablecía la unidad cristiana, la vuelta de los papas a Roma era inevitable; Francia perdía su influencia sobre los jefes de la Iglesia, y tenía que temer de nuevo su inmutable ambición. Los hombres políticos no dejaron de advertir esto; pero el rey de Francia respondió "que se trataba de intereses generales de la Iglesia; que, por consiguiente, no se debía atender a intereses particulares de naciones, y que prefería encontrar un hombre prudente Italiano que fuese papa a que se alargara por más tiempo esta peligrosa división" (3). En el mismo sentido escribió al emperador de Alemania: "Hombres malévolos objetan que la unión de la Iglesia disminuirá el poder de los príncipes seculares. ¡Dios nos libre de prestar oído a estas pérfidas sugerencias! Oigámos mejor al emperador Justiniano,

(1) BULEUS, *Hist. Univ. Paris.*, t. IV, p. 699: «Nequam qui hoc cogitavit, nequior qui tam iniquo cogitatu consensit, nequissimus qui hoc ipsum abominandum facinus explere voluit.»

(2) MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 437.
 (3) MARTENE, *Amplissima Collectio*, t. VII, p. 456.